

Comentario a la entrada «La contrarreforma agraria: la revuelta de los tractores y las subvenciones» de Gregorio Villegas

escrito por El Mengue | viernes, 13 de marzo de 2020

Don

Gregorio nos hace el regalo de un buen texto, como suele acostumbrar. Escribe

con soltura no exenta –en ocasiones– de gracia, cosa que corresponde a su

carácter y proveya edad. Pero dicho esto en alabanza suya, y pidiendo

disculpas por anticipado, no nos queda más remedio que entrar en harina.

Al

acabar de leer su texto nos quedamos –como él mismo diría– con la cabeza

caliente y los pies fríos. Porque, vamos a ver, ¿en qué reside el descontento

en el campo? ¿No será, don Gregorio, por la brecha existente entre los costes

de producción y la remuneración por los productos, incluidas subvenciones y

ayudas a la exportación, en su caso? No entraremos a calificar el tamaño de la

brecha. Tampoco sobre cuestiones de ética social o individual, tanto de los

manifestantes motorizados como de «las manos que mecen las cunas...y los

tractores». Pero sí entraremos, en cambio, en algunas

perspectivas de tipo
histórico, con la pretensión de movernos con un amplio gálido
intelectual,
pluma mediante.

La
agricultura, tal como ahora se entiende en la mayor parte del
mundo
desarrollado, se lleva a cabo consumiendo una enorme cantidad
de
recursos fósiles (en maquinaria, fertilizantes,
transportes, ...). El
campo no resiste un análisis input-output acerca del
balance entre
la energía que se le aporta respecto a la que produce, como
se afirma en la economía ecológica
o energética. Alguien ha afirmado con razón que «comemos»
petróleo. Pero no sigamos adelante por ese camino, recordando
la finitud de los
recursos fósiles y la diferencia entre economía y
crematística. No sigamos
porque hoy no toca.

Toda la llamada «revolución verde» que se ha producido desde
la Segunda Guerra Mundial, se ha debido —en última instancia—
al uso abundante (y relativamente barato) de los combustibles
fósiles, y las generosas subvenciones a la agricultura (sobre
todo en los EEUU y en la Unión Europea). Ello ha producido en
las últimas décadas unos notables beneficios
crematísticos para los propietarios agrarios, con distribución
«*as usual*»; es decir, sesgada a favor de las grandes fincas y
de los grandes propietarios. La cuestión que ahora se plantea
es: ¿se ha acabado esta idílica situación? Y en caso de
respuesta afirmativa, ¿por qué?

Nos

seguimos preguntando, ¿habrá tenido que ver el agotamiento inminente de algunos

recursos (por ejemplo, el agua procedente de los acuíferos subterráneos) como

efecto de la sobreexplotación? ¿O, también ha tenido que ver con la

sobreconcesión de derechos de las aguas superficiales por encima de los

recursos medios, concesiones ahora limitados por la Directiva Marco del Agua

europea con los subsiguientes litigios ante los tribunales? O, en otros

casos, ¿habrá sido una consecuencia de los altos niveles

de contaminación derivada de la producción creciente de desechos en el

proceso de producción y consumo ocasionadas por la explotación capitalista

del campo (caso del Sureste, con el Mar Menor como ejemplo paradigmático),

con otras variadas externalidades negativas? En este caso, la crisis

de remuneración de los capitales especulativos empleados en la agricultura

de sobreexplotación, con exigencia de elevación continuada de beneficios,

cuando resulta bloqueada o menoscabada por las grandes cadenas (que

pretenden la captura insaciable de la parte del león de los precios al

consumidor), da lugar a una crisis como la actual. En última instancia se

trata de una crisis entre capitalistas, que nos recuerda la frase de Lenin

sobre la Bolsa: «Es el lugar donde los capitalistas se roban unos a otros». ¿Se

habrá corrido la situación desde las Bolsa al campo?

La búsqueda de otros factores explicativos de la crisis actual del campo (subida del salario mínimo interprofesional, incremento del coste de otros factores de producción, competencia de los productos de otras regiones o naciones, barreras arancelarias o contingencias establecidas por otros países, etc.) vendrían a sumarse a la situación actual.

Al final de su escrito, don Gregorio presenta una idea que resulta de interés acerca de vislumbrar los acontecimientos que podrían dar lugar a finalizar la protesta. Añadiré mi punto de vista: el final de la protesta de los propietarios agrícolas se está produciendo por la presencia en el teatro social de un «cisne negro», según metáfora de moda en el mundo de la sociología (vid Wikipedia): el coronavirus, con desplome en los últimos días del precio del petróleo, de los valores mobiliarios y del precio del dinero (tasa de descuento). En definitiva: pérdida social de confianza en el futuro; pérdida de confianza no recuperada desde la Gran Recesión de 2008.

En esta nueva tesitura, con grave alteración del comercio nacional e internacional de bienes, servicios y capitales, la movida de los tractores y sus razones de fondo (las que fueren) han quedado más

obsoletas que la guerra de Troya.